



## CAPITULO II.

*Aparición del corso y de la piratería en el Atlántico.—Leyes relativas á la navegación.—Toma de Campeche por William Park.—Amagos á Río Lagartos y á Sisal.—La pacificación de la Ascensión frustrada por los ingleses.—Vuelven á apoderarse los piratas de Campeche en mil seiscientos treinta y tres.— Lorencillo desembarca en Campeche en mil seiscientos ochenta y cinco.—Lorencillo en Tixkabal.—Las murallas de Campeche.—Captura de un Gobernador de la provincia por piratas.*

LA fama de los navegantes españoles que con el descubrimiento del Nuevo Mundo oscureció la gloria de que se habían llenado los portugueses en sus viajes al Sur del cabo Non, despertó la emulación de las naciones marítimas de Europa y los sentimientos codiciosos de sus monarcas y de sus hombres de negocios. Se tenía noticia de los tesoros que se llevaban de América á España en las embarcaciones que surcaban el Atlántico, despojado ya de sus misterios, pero no se veían los gastos que los descubrimientos erogaban, las angustias de las colonias que se establecían en lejanas regiones, ni las penalidades con que el oro se reunía en ellas á costa de la sangre de los indios y en medio de las mortales discordias de los españoles, de suerte que, á los ojos de los habitantes de las otras naciones de Europa, que solo observaban las cosas de España por el lado favorable, los productos que recibía de sus posesiones de Indias aparecían

centuplicados. Esto dió lugar á que muy pronto las velas de los reyes católicos no fuesen las únicas que surcasen los mares descubiertos por Cristóbal Colón. Innumerables bajeles salieron furtivamente de las costas de Inglaterra, Holanda, Suecia, Francia, Portugal é Italia para las regiones del Nuevo Mundo, ansiosos de arrebatarse á los españoles una parte de las riquezas que ellos solos querían disfrutar. La corona de España dictaba medidas de todo género para conservar su monopolio de navegación y comercio en las Indias, pero era imposible cuidar los mares y defender todas las islas y puertos que los extranjeros solían visitar. Los capitanes españoles consideraban como enemigo á cualquier buque que encontraban en su camino y procuraban aprehenderlo. A su vez la embarcación atacada se veía en la necesidad de defenderse y de aquí surgían luchas continuas. Las guerras en que se vió envuelta la nación española en tiempo de Carlos V y de su inmediato sucesor Felipe II, dieron otra forma á esa constante violación del monopolio de las colonias provocando la autorización del corso á cuya sombra se desarrolló la piratería. Los enemigos de España, comprendiendo que esta sacaba cuantiosos recursos de sus posesiones ultramarinas, dirigían sus ataques de preferencia á los navíos para apoderarse de los tesoros que trasportaban, ó, cuando menos, para impedir su llegada á los puntos de su destino. Con este fin expedían patentes de corso á buque nacionales y extranjeros que se lanzaban á cruzar las aguas más remotas para dar caza á las naves castellanas. Se hicieron célebres en estas expediciones Francisco Drake, que fué el primer navegante que dió la vuelta al rededor del mundo; John Hawkins que empezó el comercio de esclavos, en mil quinientos noventa y uno; Penn y Vanables que en mil seiscientos cincuenta y cinco, bajo el protectorado de Cromwell, privaron á España de la isla de Jamaica, y otros muchas que llenaron de terror las costas de América. El resultado fué que en paz y en guerra, los mares, islas y tierra firme de esta parte del mundo, eran visitados constantemente por corsarios que cometían todas las depredaciones de los piratas, y por piratas que se hacían pasar por corsarios. Como era natural, por su posición saliente hacia el Este, y por ser el paso para la

Nueva España, Yucatán sufrió como ninguna otra parte de América los ataques de esa multitud de aventureros y bandidos que durante doscientos años estuvo enviando la Europa á estas Indias Occidentales. Se les dió al principio el nombre de filibusteros por que usaban unas embarcaciones pequeñas llamadas filibotes, que no eran admitidas á navegar en las Flotas, según vemos en una ley dictada por Felipe II en Aranjuez el veinte y cuatro de Mayo de mil quinientos setenta y uno. (1) Muy pronto cambiaron los filibotes por naves mayores y llevaron su audacia hasta el grado de invadir poblaciones de la tierra firme.

Para prevenir los grandes inconvenientes que de esto se derivaban y al mismo tiempo favorecer á los particulares que se dedicaban al comercio marítimo, el emperador Carlos V, en Granada, á diez y nueve de Octubre de mil quinientos veinte y seis, es decir, á raíz del descubrimiento, prohibió que bajo ningún pretexto fuesen ó viniesen atravesando el Atlántico navíos sueltos. Todos estaban obligados á viajar en Flota protegidos por las Armadas reales. (2) Otra ley dada en mil quinientos ochenta y dos ordenó que los pasajeros y criados que fuesen en la Armada llevasen sus arcabuces y municiones. (3) Por esto se comprenderá el peligro que arrostraba un navío que navegaba entre España y las Indias. En diez de Octubre de mil seiscientos treinta, en el siglo de los piratas como podemos llamar al siglo XVII, el rey D. Felipe IV dictó en San Lorenzo una ley que dice así: "Mandamos que los avisos (4) despachados de estos reinos á la Nueva España en tiempo de enemigos hagan el viaje de forma que quien los llevase á su cargo en reconociendo el Cabo de Catoche ú otra cualquier parte de la provincia de Yucatán, desembarque

[1] Rec. de leyes de Indias. Ley XX lib. IX tit. XXX.

(2) Recop. de leyes de los reinos de Indias. Ley LV libro IX título XXX.

(3) Id. id. id. Ley XXXIV libro IX título XXX.

(4) Se llamaban "Avisos" unas embarcaciones de sesenta toneladas que salían de Veracruz ó de otro puerto inmediatamente que llegaban las Flotas y Armadas, para llevar al Rey la noticia del arribo. También se despachaban de los puertos de España para los de Indias cuando las Flotas volvían. Navegaban sueltas, pero les estaba prohibido conducir pasajeros ó mercancías.

los pliegos y los envíe al gobernador de ella para que los remita por mar ó por tierra á Veracruz."

La primera irrupción de piratas á la tierra firme de Yucatán que nos ha conservado claramente la historia, es la que se verificó el año de mil quinientos noventa y siete, bajo el gobierno de D. Diego Fernández de Velazco que llegó á Yucatán ese mismo año, ó de su antecesor inmediato D. Carlos de Samano y Quiñones. No hay constancia de la fecha precisa en que terminó la administración del uno y comenzó la del otro. Cierta día vieron los habitantes del puerto de Campeche, con sorpresa, una escuadra de navíos surtos en la bahía. Desde luego conocieron que no eran barcos españoles los que estaban á la vista y muy pronto comprendieron que debían temer algo malo de ellos. No ignoraban que los mares de esta parte del mundo estaban infestados de corsarios y piratas, enemigos, no solamente de la corona española, sino de la humanidad, y tomaron sus precauciones para no ser sorprendidos. La escuadra se componía de un navío grande, un patache y un lanchón, tripulados por más de cien ingleses capitaneados por William Park, á quien nuestros cronistas antiguos dan el nombre de Guillermo Parque. Estas embarcaciones estuvieron barloventeando algunos días y eran vigiladas cuidadosamente desde la costa.

Park, halló trazas de entenderse con un individuo de Campeche llamado Juan Venturate que se comprometió á guiar á los ingleses por un camino seguro hasta la plaza principal en donde se encontraba el núcleo de la defensa que se había organizado. El traidor cumplió su palabra. A favor de la noche desembarcaron los ingleses en punto conveniente y sin ser sentidos llegaron por caminos que mostró Juan Venturate á las calles principales de la villa y cayeron sobre sus defensores que en esos lugares no tenían tanta vigilancia como los de la playa. Causó la mayor confusión este golpe; pero el alcalde Pedro de Interian tuvo la serenidad y previsión necesarias para dirigirse con algunos hombres á un convento de franciscanos que se encontraba entonces fuera de la población y que probablemente es el mismo que ahora está en el centro del barrio de San Francisco que ha de haberse extendido en derredor suyo. Desde

este punto dió orden de que toda la gente fuese á unirse á él. El otro alcalde llamado Francisco Sánchez que estaba en una hacienda cercana, avisado de lo que ocurría, se apresuró á ir al propio convento con la gente que pudo reunir.

Los dos alcaldes discutieron el plan de campaña, y una vez resuelto, salieron para la villa con buen número de combatientes, y ocuparon las calles que se dirijen al mar, cortando la salida de los piratas. Estos saqueaban en aquellos momentos todas las casas y tenían un rico botín. Cuando se preparaban para llevarlo á sus embarcaciones se encontraron con los campechanos que les atacaron con vigor. La lucha duró más de dos horas. Al fin lograron los piratas alcanzar sus botes que custodiaba una guardia de ellos en la playa. Dejaron muchos muertos en las calles y casi todo lo que habían robado y perdieron sin duda á su jefe William Park que salió gravemente herido. Al embarcarse, cometiendo una traición contra el traidor Juan Venturate que pugnaba por irse con ellos, declararon á gritos que él les había servido de guía la noche anterior. La indignación que sintieron los campechanos al conocer esta circunstancia solo puede compararse al espanto del infortunado Juan Venturate de quien se apoderó la autoridad inmediatamente para juzgarle. Se le sentenció á morir atenaceado y se llevó á cabo la ejecución con una crueldad que da idea de la excitación que embargaba á los campechanos.

La villa, luego que se vió libre de sus invasores, se ocupó de armar una fragata que estaba en puerto y de proveerla de todo lo necesario para salir en persecución de los piratas como se verificó en breve tiempo. Mérida envió socorros á Campeche por si el enemigo quería atacarla de nuevo. También se propuso perseguir á los piratas y ordenaron, el cabildo, y el teniente general, que era Martín Palomar, que una fuerza se embarcase en una buena fragata artillada que se encontraba á la sazón en las aguas del puerto de Sisal distante doce leguas al Noroeste de Mérida, y marchase al alcance de los piratas. El alma de este movimiento fué el alférez Don Alonso de Vargas Machuca, quien reunió cincuenta y seis hombres en diez horas y al día siguiente se hizo á la mar con ellos en Sisal. Dirigióse la proa á Campe-

che y á medio camino se avistó al navío campechano que recorría los mares con el mismo objeto que el sisaleño. Juntos ambos buques expedicionarios, continuaron la ruta que les pareció mejor, y fueron tan afortunados que á poco descubrieron la escuadra de los piratas. Estos enviaron al patache contra la fragata de Don Alonso de Vargas Machuca que estaba sotaventada de la de Campeche. Se trabó reñido combate, primero, con artillería gruesa, y después con mutuo violento abordaje de las dos embarcaciones, y quedó vencedora la sisaleña, una parte de cuya gente pasó á la de los piratas. En seguida viraron hacia Campeche, los buques yucatecos convoyando al patache, y el navío grande, en que acaso iba William Park persiguiendo al convoy, con objeto de represar al patache. Llegaron á Campeche sin novedad. El pirata permaneció en frente del puerto diez y siete días, al cabo de los cuales, perdida sin duda la esperanza de vengarse, desapareció en el horizonte.

El año de mil quinientos noventa y nueve dieron fondo en Cozumel cuatro navíos ingleses, tres grandes y un patache. Uno de los primeros se dirigió á Río Lagartos, más conocido en aquel tiempo con el nombre de Holcobén, puerto de la costa Norte en que había algunas existencias de dinero y mercancías. Fué avisado oportunamente el gobernador Don Diego Fernández de Velasco. Antonio Pérez, alcaide de aquel puerto, que se encontraba cerca del cabo Catoche, envió noticia á Valladolid de los movimientos de los piratas y retrocedió á Río Lagartos. De Valladolid salió el ocho de Abril por la tarde una fuerza al mando de Alonso Sánchez de Aguilar. En el camino se engrosaron las filas con muchos indios flecheros y varios españoles que por aquellos pueblos andaban, especialmente en Tizimin. El diez llegaron á Río Lagartos cuando ya los ingleses se habían apoderado de algunas embarcaciones pequeñas. La aparición de los soldados en la playa y los preparativos de la defensa desconcertaron á los ingleses que desaparecieron con rumbo al cabo Catoche. A los once días se presentaron juntos los navíos que habían quedado en Cozumel y el que había huido de Río Lagartos. Fondearon, echaron sus lanchas al agua y las enviaron á tierra con sesenta hombres que no pudieron atracar por la